

Joseph Sheridan Le Fanu

Carmilla

Presentación de
Luis Alberto de Cuenca



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Carmilla*
Traducción de Emilio Olcina, revisada por Javier Martín
Lalanda

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2016
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Henri Lehmann: *Retrato de Clementine Karr*, 1845
(Minneapolis Institute of Arts, EE UU)
© ACI / Bridgeman

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la presentación: Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2006
© de la traducción: Emilio Olcina Aya
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-217-4
Depósito legal: M. 31.009-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Presentación: Dulce Carmilla, por Luis Alberto de Cuenca

Carmilla

- 17 Prólogo
- 19 1. Un primer miedo
- 27 2. Una huésped
- 39 3. Cambiamos impresiones
- 50 4. Sus costumbres. Un vagabundo
- 66 5. Un parecido maravilloso
- 72 6. Una extrañísima angustia
- 79 7. Empeoramiento
- 88 8. La búsqueda
- 94 9. El médico
- 102 10. El robo
- 107 11. La historia
- 114 12. Una petición
- 121 13. El leñador
- 129 14. El encuentro
- 136 15. Ordalía y ejecución
- 142 16. Conclusión

Presentación

Dulce Carmilla

En la literatura de tema vampírico la novela corta *Carmilla*, del irlandés Joseph Sheridan Le Fanu, nacido en Dublín en 1814 y fallecido en la misma ciudad en 1873, ocupa un lugar de indiscutible privilegio. *Carmilla* vio su primera luz en 1871 en las páginas de la revista inglesa *The Dark Blue*, para incorporarse un año después al libro *In a Glass Darkly*, una colección de historias que Le Fanu finge haber seleccionado del archivo de casos clínicos que el doctor Martin Hesselius, especialista en medicina metafísica (ni más ni menos), habría atesorado a lo largo de su carrera profesional. La excusa no puede ser más delirante y más deliciosa, y sirve de pretexto-marco para el ulterior desarrollo de diferentes *plots*. Porque es en la originalidad de los argumentos y en su sabio despliegue conceptual donde Le Fanu se revela como un digno sobrino bisnieto (por parte de madre) del también dublinés Richard

Brinsley Sheridan, el celebrado dramaturgo de finales del siglo XVIII, ya que en los aspectos puramente formales nuestro autor se muestra un tanto desmañado, incurriendo en oscuridades expresivas que hacen laboriosa su lectura en inglés (y en cualquier traducción que no alivie esas deficiencias). Pero no falla nunca en el penetrante vigor con que nos presenta a los personajes, ni en la morbosa y obsesiva precisión que emplea en la descripción de los detalles, ni, sobre todo, en el diseño de la protagonista, Carmilla, que se ha convertido, sin lugar a dudas, en el arquetipo del vampiro femenino en las letras universales.

Se ha hablado mucho de la pasión lésbica que incendia el corazón de Carmilla (de la «dulce Carmilla», como la llamaba, muy atinadamente, mi amigo Eduardo Calvo en un poema de su viejo libro *El cantar de las sirenas*) en sus relaciones con la joven que cuenta la historia, una pasión que explica sus continuas visitas nocturnas al cuello (y alrededores) de su amiga. Los componentes fundamentales de ese amor, sin trascender a otro vampirismo que no fuese el meramente psicológico, los había desarrollado el gran Samuel Taylor Coleridge en su balada *Christabel* (1816). Como Coleridge, Le Fanu reúne en *Carmilla* (y se le cae la baba de *voyeur* literario) a dos chicas muy jóvenes y muy guapas, una de las cuales, precisamente la que resulta ser luego una vampira, declara abiertamente la pasión amorosa que le inspira su compañera. El terror ha sido siempre una excusa para decir cosas y presentar situaciones que la hipócrita moral tradicional no hu-

biese permitido nunca fuera de los esquemas protectores de la literatura de género. En su reciente libro *Espectra. Descenso a las criptas de la literatura y el cine* (Madrid, Valdemar, 2004), Pilar Pedraza insiste en ese vampirismo lésbico de *Carmilla*, y no le falta razón, porque ni se nos pasa por la cabeza imaginar a Mircalla von Karnstein mordiendo a un rudo campesino de la agreste región de Estiria con la delectación, morosidad y sutileza con que se dedica a morder –sólo un poquito cada noche, para prolongar el deseo– a la hija de su anfitrión.

Carmilla es la idea platónica de la delicadeza, procede de la más rancia aristocracia de la región y no está dispuesta a emplear a fondo su condición vampírica si no es en jovencitas de su edad (de la edad que aparenta, más bien, porque en realidad la condesa de Karnstein va camino de los doscientos años), bien parecidas, lánguidas como ella y proclives al romanticismo. ¿Habría detrás de tal predilección por las muchachitas alguna frustración adolescente? Quiero decir si allá en la segunda mitad del siglo xvii, que es cuando se desarrolló su existencia antes de convertirse en vampira, no tendría la buena de Mircalla alguna experiencia desagradable con su padre, o su tío, o su guardabosques, que marcara su psique de forma decisiva a la hora de rechazar el amor masculino, siempre brutal y posesivo, y arrojarle al cultivo de la experiencia sáfica, mucho más tierna y cómplice que la otra. Cuando Pierre Louÿs imaginó ese curso de introducción al onanismo en su vertiente más melosa que es *Las canciones de*

Bilitis, no sé si era consciente de que ponía en circulación una imaginería erótica que recuerda la utilizada en *Carmilla*, sólo que trasladada al sol de Grecia y sometida al benéfico influjo de los dísticos elegíacos de Meleagro y compañía.

«El amor es siempre egoísta –dice Carmilla en alguna parte de su novela–; cuanto más apasionado, más egoísta.» Los excesos preconizados, o denunciados, por el Marqués de Sade –ese pésimo narrador camuflado en la mente de un pensador cuya genialidad apabulla– representan los peores lodos que son capaces de producir los polvos contenidos en la sentencia de Carmilla. El egoísmo erótico de nuestra vampira sólo parece verse saciado con la muerte de su enamorada, pero sólo por un momento, porque el egoísmo no tiene límites y, en seguida, necesita una nueva víctima sobre la que trazar esos siniestros planes de amor y muerte que constituyen su dedicación exclusiva. A los asesinos en serie que, desde Jack el Destripador, conmueven los cimientos de una cultura occidental siempre dispuesta a pensar, erróneamente, que el ser humano tiende por naturaleza hacia el bien les ocurre lo mismo que a Carmilla. Cuanto más se enamoran de sí mismos más van matando por ahí, para vengarse de la dolorosa perplejidad que les causa la existencia del otro y la constatación de que el mundo no es una simple emanación de su yo.

Psicopatías aparte, la *nouvelle* más famosa de J. S. Le Fanu figura por derecho propio en la galería más selecta de las letras fantásticas europeas. Divierte, conmue-

ve, seduce y, por si fuera poco, está en la base de la obra más importante que se haya escrito nunca sobre vampiros: me refiero a *Drácula* (1897), de Bram Stoker. El creador del príncipe de las tinieblas transilvano bebió sin duda de la sangre impresa de *Carmilla*, sin cuyo precedente literario no habría conseguido llevar a puerto definitivo su maravillosa novela. Éste es uno de los motivos, y no el menor, que nos hablan del extraordinario interés que tiene para los aficionados al género la dulce y peligrosa criatura inventada por Le Fanu.

Nota textual y cinematográfica

Carmilla se ha publicado en español muchas veces formando parte de antologías dedicadas al tema del vampirismo, y muy pocas veces como obra exenta. En 1980, la Editorial Fontamara, de Barcelona, auspició la aparición de una *Carmilla. Historia de vampiros*, traducida por Emilio Olcina, cuya versión fue reproducida ya en la «Biblioteca del Terror» de Fórum en 1983 y que es la que, debidamente revisada, reproducimos aquí. Entre las traducciones castellanas de *Carmilla* aparecidas hasta la fecha destaca la de Juan Antonio Molina Foix (Madrid, Siruela, 1992), que llega incluso a hacernos olvidar el embarullado estilo del autor dublinés. Otras *Carmillas* españolas son, sin pretensión alguna de exhaustividad, las contenidas en *Vampiros entre nosotros* (Barcelona, Plaza & Janés, 1963),

Vampiros (Barcelona, Marte, 1964, con prólogo de Javier Tomeo e ilustraciones de Serafín), *Carmilla y Té verde* (Madrid, Nostromo, Mauricio d'Ors, editor, 1974), *Vampiros* (Barcelona, Paneuropea de Ediciones y Publicaciones, 1974), *Carmilla y otras alucinaciones* (Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto, 1975, con valioso prólogo de Jaime Rest), *Vamps. Las chupadoras de sangre* (Madrid, Valdemar, 1991), *Carmilla, Té verde y El familiar* (Barcelona, Edicomunicación, 1996), *Carmilla, la mujer vampiro* (Valencia, La Máscara, 2000, con prólogo de Paul Naschy) y *Sangre y rosas. Vampiros del siglo XIX* (Barcelona, Abraxas, 2003, con prólogo de Jorge A. Sánchez).

Entre las películas basadas en *Carmilla* destacan *Vampyr* (1931), de Carl Theodor Dreyer, *Et mourir de plaisir* (1960), de Roger Vadim, y la célebre trilogía de la Hammer, compuesta por *The Vampire Lovers* (1970), de Roy Ward Baker, *Lust for a Vampire* (1970), de Jimmy Sangster, y *Twins of Evil* (1971), de John Hough. En España se han realizado, que yo sepa, dos películas sobre el tema: *Las vampiras* (1970), de Jesús Franco, y *La novia ensangrentada* (1972), de Vicente Aranda.

Luis Alberto de Cuenca
Madrid, 28 de julio de 2004

Carmilla

Prólogo

En un documento adjunto al relato que sigue, el doctor Hesselius ha escrito una nota bastante elaborada que acompaña con una referencia a su ensayo acerca del extraño tema sobre el que el manuscrito arroja luz.

Este misterioso tema lo trata, en ese ensayo, con su habitual erudición y agudeza, y de un modo notablemente directo y condensado. Constituirá un volumen de los escritos completos de este hombre extraordinario.

Dado que en este volumen publico el caso tan sólo para interesar a los «legos», no voy a anticiparme en nada a la inteligente dama que lo relata; y, tras debida reflexión, me he decidido, consecuentemente, a abstenerme de presentar ningún *précis* del razonamiento del sabio doctor, ni extracto alguno de su exposición sobre un tema que, según lo describe, «no es improbable que tenga que ver con algunos de los más pro-

fundos secretos de nuestra existencia dual y de sus estados intermedios».

Cuando descubrí ese documento, sentí vivos deseos de reanudar la correspondencia iniciada tantos años antes por el doctor Hesselius con una persona tan inteligente y escrupulosa como parece haber sido su informante. Para mi gran pesar, sin embargo, supe que la dama había muerto mientras tanto.

Es probable que poco hubiera podido añadir al relato que da a conocer en las páginas siguientes de un modo, hasta donde puedo juzgar, tan concienzudamente detallado.

1. Un primer miedo

En Estiria, aunque no pertenecemos en absoluto a la gente de alcurnia, vivimos en un castillo, o *schloss*. Una pequeña renta, en esta parte del mundo, da mucho de sí. Ochocientas o novecientas libras anuales hacen maravillas. Muy a duras penas nuestros ingresos nos hubieran colocado entre los ricos en la patria. Mi padre es inglés, y yo llevo un apellido inglés, aunque jamás he visto Inglaterra. Pero aquí, en este sitio solitario y primitivo, donde todo es tan asombrosamente barato, no veo de qué modo una cantidad de dinero mucho mayor podría añadir nada en absoluto a nuestras comodidades, o incluso a nuestros lujos.

Mi padre perteneció al ejército austríaco, y se retiró con una pensión y su patrimonio, comprando esta residencia feudal y los pequeños dominios en los que se alza; una ganga.

Nada puede ser más pintoresco o solitario. Se yergue sobre una pequeña eminencia en un bosque. El camino, muy viejo y estrecho, pasa frente a su puente levadizo, que yo jamás vi subido, y a su foso, poblado de percas y surcado por numerosos cisnes; navegan en su superficie blancas flotas de nenúfares.

Dominando todo esto, el *schloss* muestra su fachada de innumerables ventanas, sus torres y su capilla gótica.

Frente a su puerta, el bosque se abre en un claro irregular y muy pintoresco, y a la derecha un empinado puente gótico permite que el camino salve un riachuelo que serpentea en la sombra a través del bosque.

He dicho que es un sitio muy solitario. Juzgue usted si digo verdad. Mirando desde la puerta de la entrada hacia el camino, el bosque en el que se alza nuestro castillo se extiende quince millas hacia la derecha y doce hacia la izquierda. El pueblo habitado más cercano se encuentra a unas siete de sus millas inglesas hacia la izquierda. El *schloss* habitado más cercano de alguna relevancia histórica es el del viejo general Spielsdorf, casi a veinte millas hacia la derecha.

He dicho «el pueblo *habitado* más cercano» porque, tan sólo tres millas hacia el oeste, es decir, en dirección al *schloss* del general Spielsdorf, hay un pueblo en ruinas, con su curiosa y pequeña iglesia, ahora desprovista de tejado, en cuya nave están las deterioradas tumbas del orgulloso linaje de los Karnstein, ahora extinguido, que en otros tiempos poseyó el igualmente

desolado *château* que, en lo más espeso del bosque, domina las silenciosas ruinas del poblado.

Respecto a la causa que motivó el abandono de ese impresionante y melancólico lugar existe una leyenda que le relataré en otra ocasión.

Ahora le diré hasta qué punto es minúsculo el grupo que integramos los habitantes de nuestro castillo. No incluyo a los criados ni a los subalternos que ocupan dependencias en las edificaciones anexas al *schloss*. ¡Escuche y asómbrese!: mi padre, que es el hombre más amable del mundo, pero que se está haciendo mayor, y yo, que, en la época de mi relato, tenía sólo diecinueve años. Ocho años han pasado ya desde entonces. Mi padre y yo constituíamos toda la familia en el *schloss*. Mi madre, una dama estiria, murió siendo yo niña, pero un ama de excelente carácter había estado conmigo casi diría que desde mi primera infancia. No puedo recordar ninguna época en que su rostro grueso y bondadoso no sea una imagen familiar en mi memoria. Era Madame Perrodon, natural de Berna, cuyos cuidados y buen carácter suplieron parcialmente, para mí, la ausencia de mi madre, a la que perdí tan pronto que ni siquiera la recuerdo. Éste era el tercer comensal en nuestra mesa. Había un cuarto, Mademoiselle de Lafontaine, una de esas damas a las que ustedes llaman, según creo, «institutrices de educación social». Mademoiselle hablaba francés y alemán, la señora Perrodon francés y un inglés imperfecto; a ello mi padre y yo añadíamos el inglés, el cual, en parte para evitar que se perdiera entre nosotros, y en parte

por motivos patrióticos, hablábamos a diario. El resultado de todo ello era una babel que solía hacer reír a los forasteros y que no trataré en absoluto de reproducir en este relato. Había, además, otras dos o tres damitas amigas mías, más o menos de mi misma edad, que nos visitaban de cuando en cuando por períodos más o menos largos; a veces, yo devolvía esas visitas.

Tal era nuestro medio social habitual; pero, naturalmente, había también ocasionales visitas de «vecinos» que vivían a tan sólo cinco o seis leguas de distancia. Mi vida, pese a todo, era más bien solitaria, puedo asegurárselo.

Mis *gouvernantes* tenían sobre mí tanto control como pueda usted imaginar en personas tan sensatas que han de encargarse de una muchacha más bien consentida a la que su único progenitor permitía hacer su voluntad prácticamente en todo.

El primer acontecimiento de mi existencia que produjo en mi mente una terrible impresión, que de hecho jamás se ha borrado, fue uno de los primerísimos incidentes de mi vida que puedo recordar. Habrá gente que lo considere tan trivial que no merezca la pena consignarlo aquí. Ya verá usted, sin embargo, en su momento, la razón de que lo mencione. El cuarto de los niños, como lo llamaban, aunque lo tenía entero para mí sola, era una amplia habitación del piso superior del castillo con un alto techo de roble. No debía yo de tener más de seis años cuando cierta noche me desperté y, mirando la habitación en derredor desde la cama, no vi a la doncella que cuidaba de mí. Tampoco

estaba allí mi niñera, y me creí sola. No me asusté, porque era una de esas felices criaturas a las que deliberadamente se mantiene en la ignorancia de las historias de fantasmas, de los cuentos de hadas y todas esas leyendas populares que hacen que nos tapemos los ojos cuando la puerta cruje súbitamente o el aleteo de una vela a punto de extinguirse hace bailar en la pared, cerca de nosotros, la sombra de una de las columnas de la cama. Me sentí molesta y ofendida al encontrarme, según entendí, desatendida, y me puse a gimotear como anticipo de un vigoroso estallido de berridos; entonces, para mi sorpresa, vi un rostro solemne, pero muy hermoso, mirándome desde el lado de la cama. Era el rostro de una joven dama arrodillada que tenía las manos bajo la colcha. La miré con una especie de asombro complacido y cesé en mis gimoteos. Me acarició con las manos, luego se tendió a mi lado en la cama y me atrajo hacia sí, sonriendo; de inmediato me sentí deliciosamente confortada y volví a quedarme dormida. Una sensación como si dos agujas se me hundieran profundamente en el pecho me despertó y proferí un fuerte grito. La dama entonces se separó sin apartar de mí su mirada y a continuación se deslizó hacia el suelo y, según creí, se escondió debajo de la cama.

Era la primera vez que me sentía asustada y chillé con todas mis fuerzas. La niñera, la doncella, el ama de llaves, todas acudieron corriendo, y, al oír mi historia, le quitaron importancia, confortándome entre tanto como podían. Pero, aun siendo niña, pude dar-

me cuenta de que sus rostros, de repente pálidos, mostraban una insólita expresión de ansiedad, y vi que miraban debajo de la cama y por todo el cuarto, echaban vistazos debajo de las mesas y abrían los armarios; y el ama de llaves susurró a la niñera: «Ponga la mano en ese hoyo de la cama; aquí se ha tendido alguien con tanta seguridad como que no ha sido usted; todavía está caliente».

Recuerdo que la doncella me acarició, y que las tres me examinaron el pecho allí donde les dije que había sentido el pinchazo, manifestando que no había ninguna señal visible de que tal cosa me hubiera sucedido.

El ama de llaves y las otras dos sirvientas que tenían a su cargo el cuarto de los niños se quedaron allí despiertas toda la noche y, desde aquel día, una sirvienta veló siempre allí hasta que tuve unos catorce años.

Después de aquello estuve muy nerviosa durante un largo tiempo. Llamaron a un médico, que era pálido y muy mayor. ¡Qué bien recuerdo su alargado rostro saturnino ligeramente picado de viruela y su peluca castaña! Durante una buena temporada vino día sí día no a administrarme una medicina que yo, naturalmente, aborrecía.

La mañana después de esta aparición me encontraba en un estado de terror y no consentí que me dejaran sola, pese a ser de día, ni un solo momento.

Recuerdo que mi padre subió y, de pie junto a la cama, habló alegremente, hizo un buen número de preguntas a la niñera y rió de buena gana ante una de las

respuestas; me dio unos golpecitos en el hombro, me besó y me dijo que no tuviera miedo, que no había sido más que un sueño y que no podía hacerme daño.

Pero no me tranquilicé, porque yo sabía que la visita de la extraña mujer no había sido un sueño; y estaba terriblemente asustada.

Me consoló un poco que la doncella me asegurara que había sido ella la que había venido a verme y se había tendido a mi lado en la cama, y que yo debía estar medio soñando para no haber reconocido su rostro. Pero esto, aunque la niñera lo corroborara, tampoco me dejó del todo satisfecha.

Recuerdo que, en el transcurso de aquel día, un venerable anciano con sotana negra vino a mi habitación con la niñera y el ama de llaves, y que habló un poco con ellas, y conmigo muy amablemente; tenía un rostro muy dulce y afable, y me contó que iban a rezar, y me juntó las manos y quiso que yo dijera en voz baja mientras ellos rezaban: «Señor, escucha estas nuestras plegarias, en el nombre de Jesús». Creo que ésas fueron las palabras exactas, ya que a menudo las repetí para mí, y mi niñera, durante años, me las hizo decir en mis rezos.

Recuerdo perfectamente el dulce rostro pensativo de aquel anciano de cabello blanco, con su sotana negra, de pie en aquella tosca habitación marrón de alto techo, rodeado por el desangelado mobiliario propio de trescientos años atrás, y la escasa luz que entraba a través de la pequeña celosía y nos sumía en la penumbra. Se arrodilló, y las tres mujeres con él, y rezó en